

hoy escribe

Santiago Alba (*)

zelatan

El marxismo con botas

Tarde o temprano llega un momento en que todos los marxistas sentimos la necesidad de comprarnos unas botas. Es un momento característico en el que las aporías escombran el camino, los conceptos se enmudecen como en uñas de gato y al que acompaña, junto al disgusto de uno mismo, un desprecio sintomático por toda clase de calzado, cuyo carácter mixtificador se descubre, de pronto, con la evidencia de una revelación...

No se trata de una broma. Ya Shakespeare sabía, por ejemplo, que un Lord no es más que cierta forma de inscribir un cuerpo en un determinado ordenamiento simbólico. Y así lo muestra en *La Doma de la Bravía*.

Más lúcido si cabe se muestra Swift al asimilar el hombre a su función y ésta a su representación indumentaria. En efecto, en su cuento de un *Tonel* definirá al hombre como «un completo surtido de vestidos con todos sus arrequives». O más exactamente: concebirá los vestidos como «criaturas dotadas de razón o, en otros términos, hombres». Pues «escribirá» «no está claro que viven, se mueven, hablan y desempeñan todos los oficios de la vida humana? No vemos a nadie sino a ellos, a nadie escuchamos sino a ellos. ¿No van y vienen por las calles, llenan el Parlamento, los cafés, los teatros, los burdeles?». Para añadir seguidamente que estas «indumentarias o vestidos» sólo se diferencian por su «composición» y así «al que va adornado con una gruesa cadena de oro, y una toga roja, y una vara blanca, y un gran caballo, se le llama Alcalde; si ciertos arriños y pieles son colocados en cierta posición, nosotros los designamos con el nombre de Juez y, asimismo, a una adecuada combinación de linón y de satén negro la denominamos un obispo».

Pero quien de forma más rigurosa —si exceptuamos a Spinoza— supo identificar esta genealogía materialista del sujeto fue sin duda Pascal. Acudamos, a saber, a su *Pensamiento* nº 44, en el que subraya la necesidad de que los magistrados vistieran togas rojas, se envuelvan en arriños y celebren sus procesos en lujosos palacios y en el que se afirma que los médicos nunca habrían engañado a nadie si no tuviesen sotanas y mulas ni los doctores si careciesen de birretes rectangulares y togas, pues «escribe» —al no poseer más que ciencias imaginarias es preciso que recurran a

esos vanos instrumentos que impresionan la imaginación con la que tienen que habérselas...» (instrumentos, por otra parte, de los que no han menester los «profesionales de la guerra», los cuales no necesitan disfrazar la violencia «directa» de que se sirven para «imponer»).

Pascal describe el sujeto como una Máquina («tanto más mentirosa cuanto que no miente siempre») productora sólo de ilusiones y que habrá de generar, por tanto, también *ilusoriamente* la verdad. Se tratará así de producir una ilusión correcta y, en el interior de esta necesidad aritmética de la imaginación, bastará para ello con hallar la «posición» —pues no es más que una Máquina— o, si se prefiere, la «postura» pertinente, la «postura de la verdad»: para creer es preciso ponerse de rodillas, rezar moviendo los labios... (p. nº 944). Puesto que el hombre no es más que una Máquina («perdida la verdadera naturaleza todo se convierte en naturaleza; perdido el verdadero bien, todo es su verdadero bien», p. nº 397) sólo podrá producir la verdad mediante los mecanismos del error, mediante una cierta forma de combinar errores: la verdad también tendrá que ser imaginada. ¿No será suficiente, pues, con cambiar de vestido? ¿No bastará con hallar una «mercancía» —cristalización imaginaria que Marx llama *fetichismo*— que, añadida al conjunto de los elementos que me constituyen como «lugar de reconocimiento» o sustituyendo a uno de ellos, altere por completo su articulación y u «estructura» y produzca un error que en nada se distinga de la verdad, una conciencia semejante a su negación, un encubrimiento en todo parecido a la revelación e incluso una fuerza (un plus-valor revolucionario) que libere la musculatura encasquillada por el temor o la esperanza y permita un gesto natural, puro, enérgico, o de emancipación? ¿No bastará con encontrar un «accesorio» que modifique la posición de la Máquina y segregue así una conciencia verdadera?

Pues bien: ese «accesorio» son las botas. Si un Lord es, en realidad, cierta forma de usar una servilleta, un Juez una adecuada combinación de tejidos y un cristiano una genuflexión, ¿caso un marxista no será sólo un hombre con botas? No sirven, por supuesto,

cualesquiera botas. Robert Walser, uno de los escritores que más aprecio, lo sabía bien y no duda a la hora de calzar a Simón Tanner, a punto de flaquear en su entusiasmo: «se consiguió un par de botas anchas, gruesas, de esas que usan los reclutas en el ejército, para poder caminar en cualquier momento por la nieve profunda de la montaña». Unas botas que conocen el camino y que exigen un suelo duro, una tierra abrupta: «con semejantes zapatones podía uno sentirse más firme y seguro en este mundo».

Son esas botas que pintó hasta seis veces en 1887 Van Gogh: botas deslenguadas, bostezantes, de cordones bizcos y suelas tachonadas, que han recogido —más que dejado— muchas huellas y a las que Heidegger tributa el elogio más hermoso y también el más insólito que puede dedicarse a un objeto: son útiles... O asimismo —por qué no— las botas de siete leguas, de cuyo peligro nos advierte Kierkegaard al recordarnos la historia del enano que se las calza para perseguir a la princesa que ha escapado a su vigilancia: «de un solo paso ya la había dejado muy atrás».

De entre todas las cosas condenadas a extinguirse en este tiempo bárbaro hay dos que contribuyen a agravar mi misantropía: las botas y los elefantes. Elefante, sí, animal con botas vivas cuya memoria ponderan Plinio, Claudio Eliano e Isidoro, símbolo de la inteligencia que recuerda los conceptos y no los tropiezos, metáfora platónica del examen al margen de la conciencia, sustituido luego por el roedor que determina su estampida: el examen de conciencia... Y las botas —walsianas, vangoghianas, kierkegaardianas—, desplazadas cada vez más por el mocasin, atragantado de pie, fracasado en su intento de ocultar el monstruo que anda en nuestro lugar; por el zapato de tacón, peldaño que arranca el cuerpo, y la mirada, lejos del suelo, por la zapatilla deportiva, que olvida el pie con cada paso e ignora la felicidad de estar sobre los propios pies, apropiándose de una pàrvula finca del universo; y, en fin, por el mestizo botín, ejemplo del darwinismo zapateril que hace de un pie feudal un pie capitalista...

(*) Escritor

Asma zak, asma zak

- gure helburua hau da: eskaldunok Espainian eroso senditzea; «que nos sintamos cómodos, eso es»...

- ez dugu Konstituzioa onartzen, eta ez onartuko ere: «nosotros seguiremos sin aceptar la Constitución»...

- askatasunak txirotasuna ekarriko ligitue, patatak eta azak landatu beharko genituzke geure lurraldeetan; eta, hitz batez, hobe dugu, praube alaeanak ez izateko, txintxo-txintxo egon espainiarrekin, eta «dentro de un sano regionalismo»...

- Juan Carlos errege Nafarroara etorri da. Hori lotsagarria da, eta ez dugu inolaz ere onartzen. Zertara etorri behar du Nafarroara espainiarren erregeak?

- euskara gainerako gutzia baino inportanteago da, askatasuna bera baino garrantzitsuago. Hortaz, euskal eskola, ikastolak berak, eta hezkuntza gutzia, PSOEren eskuetan jarriko ditugu...

- si ETA desaparece, se cerrarán aún más las llaves del proceso autonómico». Garbiago esanda, ETARI esker lortu da Gernikako Estatutua; eta ETARI esker dago Ardanza dagoen lekuan...

- hortaz, nola edo hala lortu behar da ETAREN desagertzea; eta ETAREN kontrako paktoa sinatuko dugu, PSOErekin esku esku, eta gainerako alderdi espainizale gutxiak bat eginda...

- Gora Euskadi Askatuta...
- hortaz, Viva España, una e indivisible...

Nork esan dezake oraindik hortik PNVaren politika-bidea argi ez dagoenik? «Visceral-ek ez dute aitortu nahi; baina hori gutzia Arana-Goirenen obran aurkitzen da, eta «pura coherencia interna» besterik ez da.

Ezetz? Tira, tira, mutilak! Pakea behar dugu!.

TXILLARDEGI

hemeroteca

Prosigue la negociación

(«Ya», 20-2-88)

La manifestación del portavoz del Gobierno a la salida del Consejo de Ministros de que el Gobierno está dispuesto a entablar negociaciones con la banda etarra habida cuenta la evidencia de que no se han producido atentados tiene todo el tufillo de los cuentos para antes de dormir que se cuentan a los niños: todo lo que en ellos se dice lo sabe de antemano el que lo cuenta y el que lo escucha. En realidad ha esperado poco tiempo el Gobierno para diagnosticar que no ha habido atentados. Si cada vez que un periodo de calma en la sangrienta actividad de los terroristas, como el actual, hubiese contado como evidencia para establecer una negociación ya contaríamos con una buena colección de negociaciones. Pero, evidentemente, se trata de otra cosa.

Hace ya tiempo que el Gobierno contribuye a barnizar con un baño de dignidad la especie de que el diálogo con los terroristas es imprescindible para acabar de una vez con el derramamiento de sangre.

Es más, fueron los etarras quienes siempre defendieron la tesis de que la negociación tenía que ser públicamente aceptada por el Go-

bierno ante la opinión. El portavoz acaba de aceptar expresamente esa condición impuesta por los terroristas. (...)

A partir de este momento el propio Gobierno acepta por la vía de los hechos la tesis de quienes han estado luchando contra el orden jurídico establecido. Ya sabemos que en toda negociación las dos partes tienen que hacer concesiones. Pero hay una concesión que el Gobierno no podría hacer, al menos como punto de partida, y es la puesta entre paréntesis de lo que le legitima como Gobierno. Ciertamente la política es un arte más que una ciencia exacta. Por eso, el Gobierno ha tratado en todo momento de vestir el muñeco con la apariencia de que la negociación no significa una claudicación. Esto es lo que aparece envuelto en el mensaje del portavoz del Gobierno. ETA ha parado de atentar durante un periodo de tiempo es algo muy distinto de tirar las armas.

Diálogo con ETA

(Pedro Conde Zabala, «Diario de Navarra», 20-2-88)

(...) Por tanto, la declaración del ministro Solana cumple la primera de las exigencias de ETA, por lo que, aunque la tregua no responde a las expectativas de la organización vasca, sí es cierto que la ausencia de atentados en las últimas semanas

contribuye a que el Gobierno haya dado un paso adelante en el diálogo con ETA. Si lo más positivo es que ETA no haya cometido atentados, no lo es menos el hecho de que el Gobierno supere su anterior posición de que «con atentados no hay contactos» y hayamos pasado a uno tanto mucho más cercano a la fase previa de negociación, que algunos medios ven como próxima y avanzada, aunque siempre supeditada a las enormes diferencias que separan a las dos partes.

El éxito, ¿en exclusiva?

(Fernando Omega, en «OTR/Press», 20-2-88)

(...) La cuestión de los diálogos o «contactos» es una evidencia para todos. Los hubo y los hay. Lo único que ocurre —lo hemos dicho tantas veces— es que ningún gobierno puede aceptar su existencia en términos de inferioridad. No puede aceptar el papel de burlado que se sienta en una mesa mientras están matando a sus agentes del orden o atentado contra las instituciones.

(...) Sólo quiero señalar que el clima, en todos los aspectos, es el idóneo para llegar a soluciones de pacificación. La idea de negociar no asusta,

el portavoz del Gobierno puede hablar de ella sin complejos, aunque no sea muy expresivo, y un hombre como Manuel Fraga se mostró partidario de facilitar a ETA «una muerte digna». Este don Manuel es el mismo que hace unos años recordaba que «el mejor terrorista es el que no mata».

Lo que no se acaba de entender es que los socialistas, con todas estas bazas en la mano, hacen tan tensas sus relaciones con el PNV. ¿Qué tipo de relación existe entre la bonanza y las recientes amenazas de Benegas al lendakari? Yo sólo veo una inconfesada voluntad de aprovechar la victoria en exclusiva.



«OTR press»